IMPRESIONES DE MI VIAJE A CUBA

POR

FRANCISCO DE COSSIO

Francisco de Cossío, escritor y periodista de España, realizó un viaje por tierras y mares de Cuba durante el pasado invierno. De su brillante pluma y del inquieto espíritu observador del viajero son fruto las bellas estampas literarias que a continuación se reproducen, en las que se va dando cinematográficamente una versión colorista e instantánea de la Cuba de nuestros días, esta Cuba que «es quizá el territorio más español de América».

LA CIUDAD Y EL CAMPO

Las leyes inmigratorias que se han dado en Cuba cierran ese país a los obreros agrícolas de España. Uno de los problemas más urgentes que ha de resolver la República americana es el problema de color. No ya los mulatos, los negros, van aumentando considerablemente, y éstos, como ven que el medio más fácil para hacerse ricos en ese país es la política y todos tienen afán de mando en ese complejo subconsciente de esclavitud que tiene el negro, el que más y el que menos no quiere trabajar en el campo, y se evade a la ciudad en cuanto puede. Esto hace que la isla no tenga sino un solo cultivo, el de la caña de azúcar, que apenas ofrece trabajo. Mas el monocultivo en Cuba trae una consecuencia de tipo político, el de ser este producto la prenda que

los Estados Unidos tienen en la mano para influir indirectamente en la independencia de este país. Lo evidente es que Cuba podría triplicar el número de sus habitantes, aumentar sus caminos y cultivar muy feraces tierras que hoy aparecen en un absoluto abandono. Por otro camino, cerrando las puertas de la inmigración agrícola, en plazo no lejano los que dirijan la política de Cuba serán negros. Hay que contar con que los estrategas comunistas se hacen más visibles en la población de color.

Parece pueril que un escritor español haga estas observaciones en materia que debe competer a los cubanos. Pero es que ello plantea un problema que también nos afecta a nosotros: el de la inclinación que las gentes del campo sienten por venir a trabajar a la ciudad. Aquí no tenemos, efectivamente, negros, fuera de alguno que viene a tocar el «jazz-band»; mas el campesino español, en sus reacciones, es un poco negro. Claro está que el campo en España da más disgustos que satisfacciones y que la vida del campo español no es demasiado agradable; pero no olvidemos que el comunismo actúa principalmente sobre campesinos, y no sólo porque constituye una gran masa, sino porque esta masa se halla disgregada en grandes extensiones, y la dialéctica comunista actúa sobre el individuo, sobre cada hombre, para conseguir más tarde la suma y el bloque. Es muy difícil hacer prosélitos dirigiéndose a un conjunto. Lo más eficaz es hacer ver a cada hombre que es él un resorte importante. Conquistar al hombre para someter después al despotismo a los hombres. Por esto, en los Estados Unidos no hay que temer al comunismo; y, en cambio, en Cuba y en otros países de América, es un peligro inminente.

Mas, aun con este peligro, es muy importante retener a los hombres en el campo. Confieso que donde he sentido, en Cuba, la emoción más viva de ser español, y en cierto modo participante de todo lo que de español hay en este país, ha sido en el campo. En la paz de un bohío, entre hombres ya blancos, ya de color que llegan a nosotros efusivos y con el deseo de sernos gratos. Allí pensaba que la emigración española más útil en Cuba sería la de los castellanos. La de los gallegos y asturianos no fué nunca una emigración agrícola. Todos iban a una tienda, primero a barrerla, y después, a ser dueños de ella. Cuando la invasión napoleónica en España fueron expulsados de la isla los franceses, que eran los verdaderos colonos, los que trabajaban la tierra. Al irse los franceses, los españoles, que no querían trabajar la tierra, trajeron negros—un buen negocio—para que la trabajaran. Y ahí están los negros que trajeron cada vez con más apetencia de arrebatar a los blancos las tiendas y las bodegas. Quizá el mundo no se arregle hasta que no se reintegren al campo todos los brazos que el campo necesita. Que las ciudades se hagan cada día más pequeñas y el campo más grande. Pero cuidado con que el campo, los que aún están en el campo, no quieran un día emanciparse. Ese día las oficinas de la ciudad y los papeles de la ciudad serán un montón de escombros.

EL ARTE

Una de las satisfacciones que he tenido en La Habana ha sido la de hablar de Arte español en la Facultad de Letras de la Universidad, cátedra que en Cuba no suele ofrecerse a los extranjeros, por lo que esta invitación representó un gran honor para mí. La mayor parte de los alumnos de esta Facultad son muchachas, y todos ellos muestran un interés extraordinario por el Arte europeo, y concretamente por el Arte español. La formación de estos alumnos en esta disciplina es magnífica, y hay que contar que los que no han salido de Cuba, que son la mayoría, no conocen el Arte, al que han de aplicar sus conocimientos, sino por descripciones o reproducciones; es decir, que no tienen para mover su interés y su entusiasmo la posibilidad de una contemplación directa de las obras artísticas que estudian. En Europa, en cambio, los alumnos pueden ver el Arte; pero, posiblemente, como el Arte es para ellos una manifestación cotidiana, no le conceden la importancia de lo nunca visto y soñado. Hay en estos muchachos cubanos un movimiento de idealidad que se mueve hacia algo desconocido, que da un anticipo de emoción por puro reflejo.

Esto es lo importante. España trajo muchas cosas a América, pero no trajo el Arte. Los artistas, en la época de los descubrimientos y de la colonización, vivían pegados a los monasterios, abadías y catedrales, que eran instituciones muy ricas, y no tenían ambición de ir a unas tierras pobladas de indios a buscar el oro. Preferían que el oro llegase a sus manos ya acuñado, e incluso, como Berruguete, que le llegase para estofar sus retablos. Unicamente en las Repúblicas donde hubo Virreyes—Perú, Méjico—se advierten reflejos elocuentes del Arte español. Es importante distinguir en América las tierras donde hubo Virreyes de las tierras donde no hubo sino representantes, ya civiles, ya militares, del Estado español. Los Virreyes llevaron a los lugares de su virreinato algo indefinible, que podemos comprender con la palabra aristocracia. En las otras Repúblicas, en las que en el curso de los siglos no sintieron sino dos fuerzas: la de las Armas y la de la Administración, todos los elementos de la vida aristocrática de la metrópoli están ausentes. Digamos que la colonización, en la mayor parte de América, la hicieron hombres humildes, unos con espíritu de trabajo y otros con espíritu de aventura; pero todos, con excepción de los misioneros, a quienes, más que la estética, preocupaba descubrir a los indígenas los principios que rigen el ultramundo cristiano, no trajeron a estas tierras nada que fuese un reflejo de la espiritualidad de España. Aquí no llegaron ni Lope ni Cervantes—aunque éste estuvo a punto de venir, y si hubiese venido quizá no hubiera escrito el «Quijote»—, ni Velázquez ni el Greco, ni ninguna de las ideas y las formas que dieron carácter universal al Arte español en los siglos XVI y XVII.

Hoy el gran Arte europeo ha llegado a los Estados Unidos, pero todavía está ausente en las Repúblicas de habla española. Y aun

este Arte que guardan los Museos y las casas de los millonarios americanos se nos ofrece como en una cámara neumática, falto del ambiente que puede tener en Italia o en España.

Ya es, sin embargo, un gran paso el ver que estos alumnos que estudian aquí Historia del Arte tienen el conocimiento de lo que dicen los libros y un entusiasmo por ver, como no lo tienen los que estudian Historia del Arte en España. Pienso que estos alumnos deben ir a nuestro país para que vean que lo que han estudiado no es un sueño, que existe.

LA CULTURA CUBANOHISPANA

La Sociedad Cubano-Hispana, en la que he dado una serie de conferencias sobre Arte español, es, sin duda, uno de los vehículos más eficientes para la comprensión intelectual entre cubanos y españoles. En esencia es una institución eminentemente cubana, pero integrada por cubanos que, sin menoscabo de su cubanidad, aman a España. Provisionalmente, está instalada en el edificio del Automóvil Aero Club, y en él tiene un magnífico salón de conferencias, al que concurre un auditorio muy selecto, con gran predominio de señoras. La neutralidad de su tribuna da la máxima garantía a todos sus conferenciantes, y este Instituto, por su calidad puramente científica y literaria, vive fuera de la órbita política, y es como una isla, dentro de la Isla, en la que el pensamiento puede desarrollarse libre de toda pasión y de todo partidismo.

Aquí, en contacto con las gentes que concurren a estas reuniones, así como en la Universidad, en su Facultad de Letras, he podido observar que en la juventud cubana hay grandes deseos de ver, de leer y de saber. En nuestro tiempo, ya pasados los arrebatos de la independencia, las nuevas generaciones, las que vivieron después del derrumbamiento colonial español, muestran menos espíritu localista y una mayor tendencia a la universalidad. La Isla, con sus elementos más preparados, quiere establecer una corriente de comunicación con el mundo, y, claro está, como su instrumento de inteligencia es el español, al salir al mundo se encuentra indefectiblemente con España. Pensemos que este Instituto cubanoespañol, recién nacido, ha de dar grandes oportunidades para que españoles y cubanos se conozcan.

El presidente de esta entidad, el ilustre cubano don José Agustín Martínez, eminente jurisconsulto, ha puesto a su servicio no sólo su cultura y su amor al estudio, sino la cordialidad, la efusión y la simpatía. El propósito de esta Sociedad es llevar cubanos a España y traer españoles a Cuba. Es de esperar que los gobiernos de los dos países ayuden a este propósito tan elevado y tan útil. En una conversación con el doctor José Agustín Martínez, me ha dicho éste, como síntesis: «He aceptado la presidencia del Instituto para cumplir un deber. Soy hijo de españoles, y mi amor a

España es en mí tan natural como mi amor a Cuba. No me interesan, sin embargo, las cuestiones políticas de España, como pienso que a los españoles no deben interesarles las de Cuba. Estos asuntos políticos son de orden privado y deben ventilarse entre los ciudadanos del mismo país, sin injerencias extrañas. Por esto el instituto no se mezclará en el problema político de los dos pueblos. Puedo asegurar que muy pronto se harán sentir los efectos de nuestra fundación. Muchos cubanos tendrán oportunidad de viajar por España con becas que les permitan ampliar sus estudios y mirar otros horizontes. Y vendrán hombres de España, quienes cambiarán con las más calificadas personalidades científicas de Cuba ideas y afectos, y estos mismos cubanos visitarán los centros culturales de la Madre Patria, hoy muy laboriosos y activos. Nuestra máquina está en marcha, y tengo una gran ilusión por sus efectos.»

Creo mucho más beneficiosos los efectos de la hispanidad de fuera adentro que los de dentro a fuera. Este Instituto de Cultura Cubanohispana va a darnos la pauta.

LA GUAGUA

Hace falta mucha decisión para meterse por primera vez en una guagua. Las guaguas son los automóviles que circulan por toda La Habana con una alarmante profusión, ya que se meten por cualquier parte, y aun por las aceras, y de tal modo se arracima la gente en los estribos, que los que viajan haciendo este difícil ejercicio, lo mismo se llevan por delante un transeúnte que, en un calle angosta, se golpean contra un poste. En las calles de La Habana vieja, en la del Obispo, en la de San Ignacio, son muchos los postes que están torcidos de tanto encontronazo de guaguas como han recibido. Las relaciones de los viajeros en los tranvías de Madrid son dignas de la Corte de Versalles comparadas con las que se establecen entre los viajeros de las guaguas. Y, sin embargo, he aquí uno de los vestigios de nuestra colonización: el modo de asaltar y de ir en un transporte urbano. Los madrileños devotos del tranvía encontrarían en las guaguas su sistema perfeccionado.

Quizá por esto he sentido la curiosidad de hacer un viaje en guagua. Todo un trayecto, porque quizá no hay mejor manera de conocer el carácter de los habitantes de una ciudad como observarlos en el tranvía. En el tranvía fracasa toda fórmula de urbanidad, y se nos muestra el hombre en su pura desnudez primitiva. Lo importante es acomodarse y llegar; lo demás es accesorio. Y, después de todo, así se conducen la mayor parte de los hombres en la vida, aunque vayan vestidos de frac.

Como me he propuesto hacer un largo viaje de ida y vuelta en una guagua, pienso que voy a tener un amplio campo de observación humana; que voy a aprender muy aproximadamente, sorprendiéndole en un momento de abandono, lo que es un cubano. En Madrid los tranvías no sólo los utilizan las clases populares, sino

las superiores, y aun existen tranvías especiales para la aristocracia. En La Habana, todo sujeto que se estime tiene un coche. Un coche al que, si es modesto, le llaman carro, y si es de buena marca le llaman máquina. Así es que la guagua la utilizan casi exclusivamente las clases populares, y en ellas aprendemos mejor que en la calle el predominio que en Cuba va tomando la población de color. La guagua ofrece al cubano blanco este peligro. La del predominio negro y mulato.

Lo primero que aprendemos en la guagua es que el negro es muy inteligente y muy parlanchín. El negro tiene tendencia a la oratoria. Habla de prisa y con voz aguda, como no queriendo que se le oiga sino a él, y cuando dialogan dos o tres interlocutores, hablan al mismo tiempo, sin pausa, como si cada uno se ejercitase en su propia dialéctica, sin atender para nada el razonamiento ajeno. Cuando termina de hablar un negro lo hace seguro de haber tenido razón. Esta es una de las causas del estrépito de esta ciudad. El de hablar todos al mismo tiempo, e incluso los instrumentos musicales, cada uno con su música, sin importarle la música ajena. Pero el negro aquí es mucho más inteligente y cultivado que en el Africa ecuatorial. Habla de deportes, de finanzas, de política, de arte... Y lo hace con buena dialéctica, con seguridad, con ingenio, como si el porvenir del mundo estuviese preparado para él. El comunismo lo sabe, y prepara cuidadosamente esta fuerza humana. He aquí un peligro para la civilización occidental. En Angola, mil negros formados con uniforme militar. En Cuba, cincuenta negros apretados dentro de una guagua. En Norteamérica, cinco negros dando saltos por las calles dentro de un Ford

EL PAISAJE

Para conocer un país hay que sumergirse en su paisaje. Pienso que son muy pocos los viajeros continentales que conozcan íntegramente la isla, desde la península de Guanahcabibes hasta Baracoa.

De Pinar del Río a Santiago de Cuba hay la única carretera y el único ferrocarril que forman casi una recta en el centro mismo de la isla y por la parte verdaderamente colonizada. Desde Matanzas a Santa Clara es una recta inacabable por la que los coches pueden lanzarse sin riesgo, pues la carretera es magnífica. Desde Sancti-Spiritus, pasando por Ciego de Avila, hasta Camagüey, otra recta hasta Holguín, y de allí, formando un ángulo recto, hasta Bayano. Unicamente desde Palma Soriano a Santiago de Cuba surgen en la carretera pequeños repechos y curvas. Los perfiles de Sierra Maestra surgen de frente con su Pico Tarquino, y las últimas estribaciones de estas montañas llegan a formar la bahía de Santiago. Son más de mil kilómetros de paisaje, que se desarrolla ante nosotros apenas sin variedad, pero sin que su tono uniforme, ni

en un solo momento, dé a nuestros sentidos una impresión de monotonía ni de fatiga.

Es un paisaje dulce, suave, amable, sensual... y es, asimismo, un paisaje desierto, sin apenas hombres, ofreciéndosenos como un misterio esta extensión enorme de terreno cultivado. Es como si la Naturaleza, por sí misma, diese pródigamente sus frutos, apenas sin intervención de la mano del hombre. El maíz, la caña, la palma... en un plano sin límites, y, de tarde en tarde, un bohío que parece deshabitado. Una caseta de madera, completamente abierta, con un techo de hoja de palmera, con una sola estancia, sin hogar, apenas un refugio en el que la intimidad familiar no es posible. Toda la vida humana al aire libre. Muy de tarde en tarde, a la puerta de uno de estos bohíos, un caballo. En una extensión de más de quinientos kilómetros no descubrimos ganado, ni gallinas, ni perros...; solamente, de trecho en trecho, un campesino a caballo con su gran sombrero de paja, montado a la andaluza, con el mismo ritmo que los labriegos de Castilla. Indudablemente, en Cuba percibimos un ritmo español. Movimientos lentos y actitudes de reposo, que, en la distancia, convierten a los hombres en estatuas.

Por definición, digamos que este paisaje de azúcar es dulce. La vegetación es idéntica en todo el largo recorrido, y el color en la tierra es un constante contraste del negro con el verde en uno de esos cromos que de niños hemos visto envolviendo las cajas de guayaba, y que aún hoy vemos en las cajas de tabacos. Mas con estos elementos tan simples, ¡qué maravillosa variedad de tonos, de luz y de sombra, de brillos y de superficies opacas! Estas grandes variaciones las produce el cielo, por el que navegan nubes blancas que son como el humo de las altísimas palmeras. En el Brasil o en el Africa occidental, el Trópico tiene pasión, fuerza arrolladora, independencia selvática. En Cuba, todo es suave, humilde, domesticado, invitando al reposo, a la inacción, al sueño y, más bien, al ensueño, a la sombra de uno de estos bohíos, en torno de los cuales el color toma calidades de oro derretido.

UNA PLAZA

La plaza de Santiago de Cuba es una plaza pequeña que nos trae un recuerdo de las plazas mayores de los pueblos de España. He aquí una provincia española. Uno de sus lados lo cubre la catedral, construída en un montículo; por cierto, que debajo de la catedral se han construído tiendas y cafés; buena renta, sin duda, y, posiblemente, caso único de que una catedral industrialice sus cimientos. Otro de los lados lo ocupa un hotel magnífico, de tipo americano, con grandes terrazas y un bar y un salón de té, a los que concurre la mejor sociedad. Junto a él un gran casino. Este tiene ya aspecto de institución española. En él, con sus guayaberas, dormitan y conversan los señores, balanceándose reposadamente, y

siempre dando cara a la plaza, que es por donde circula constantemente la sangre y la voz de la ciudad. En otro frente, un edificio público, de una planta, de tipo colonial, que en sus líneas no descompone el neoclasicismo de la iglesia que se levanta ante él. Y en el otro frente, cubriendo las casas, grandes letreros luminosos que anuncian cigarros, perfumes, películas... En el centro un macizo de árboles que refrescan el mármol de un andén circular por donde, a la caída de la tarde, pasean interminablemente los jóvenes de Santiago de Cuba. He aquí el sello más evidente de una provincia de España. Los españoles no sólo dejaron el idioma, sino el paso. Esto de no tener prisa y de matar el tiempo andando. Pasean las muchachas del brazo, sin que se interrumpa la cadena, y en sentido contrario, para verles bien la cara, pasean los muchachos. Los vestidos son de tonos claros, dominando el blanco, y el paseo se hace tan ceremonioso y solemne, que esta multitud que da vueltas y vueltas nos da la impresión de que no se conoce. He aquí dos signos bien españoles de Santiago de Cuba: un paseo y un casino. En este paseo central, en todo su círculo, hay bancos donde las personas provectas se sientan. Nos parece que en todo esto hay un poco de rito y cierta superstición. En torno del paseo, en la calzada, se enfilan los automóviles, las máquinas, esperando que el paseo se termine, para llevar a cada cual a su casa. Es la hora de la cena y hay que dar fin a la ceremonia, pero con esto no se acaba el ruido. Se dice que La Habana es la ciudad más ruidosa del mundo; pues bien, la gana en ruido, en estrépito, en confusión, Santiago de Cuba. Y esta plaza de Santiago, hasta la una de la madrugada, es el centro ruidoso por excelencia. No son ya las máquinas, los automóviles, las orquestas, las radios...: es la voz humana, aguda y penetrante, y es este prurito de los negros de hablar todos al mismo tiempo, en verdadera algarabía, con gritos agudos que hacen ineficaz toda dialéctica. Con ello, los blancos se han acostumbrado también a levantar la voz.

Ya de madrugada, la plaza parece muerta. No se apagan sus luces, pero la soledad es absoluta. La contemplo desde la ventana de mi hotel como si fuese una plaza de Burgos, de Avila, de Segovia..., y por encima de los letreros luminosos diviso las aguas de la bahía, que platea la luna, y, sobre la plata, lucecitas rojas y verdes.

EL COBRE

Uno de los lugares más pintorescos de la Isla de Cuba es la villa del Cobre, en Oriente, donde se eleva el santuario nacional de Nuestra Señora de la Caridad. Son las primeras estribaciones de Sierra Maestra, las que vierten al mar Caribe; y cuando, dejando la carretera central, ascendemos hacia el santuario, nos parece marchar por un paisaje abrupto del norte de España. Podemos pensar en la nostalgia española que este paisaje daría a los descubridores.

Bien es verdad que no hay que mirar al calendario, pues nos hallamos en diciembre, y el calor que hace en este lugar supera con mucho al que puede hacer en Santander o Asturias un día de agosto.

Nos detenemos ante la máxima devoción religiosa de Cuba. El santuario, de grandes proporciones, con escalinatas de mármol, se eleva en una colina denominada La Maboa, y le rodea una vegetación tropical, de un verde profundo, en donde las maderas preciosas de esta región dominan el calle cultivado. El santuario tiene una iglesia muy amplia, blanquísima, y en el ático, sobre el altar de mármol y oro, se ve la pequeña Virgen, que gira en su trono, y ya está de frente a la iglesia, ya dando el semblante al alto camarín. En la cripta, en la que aparecen los exvotos, hay una reproducción de la Virgen, de mármol, cuya blancura provoca un gracioso contraste con la imagen auténtica, que es oscura, casi negra, podríamos decir una Virgen mulata. De ahí, sin duda, la gran devoción que esta Virgen inspira a las gentes de color. Todo el atrio está lleno de pobres, sentados en semicírculo, lamentable estampa de la miseria negra, y sus salmodias para pedir nos traen en el ritmo y en el acento un recuerdo de la pobretería española, que canta y reza sus lástimas a la puerta de las iglesias.

En la explanada del santuario hay niños negros y mulatos, desharrapados, que guardan los coches y nos ofrecen piedras de cobre de las próximas minas. Vemos también muchos vendedores de décimos de lotería. En América se da mucho el milagro del dinero, y, sin duda, esta Virgen interviene no sólo en los negocios, sino en el puro azar de la fortuna.

Esta Virgen se aparece en la bahía de Nipe a dos indios, en 1628. La ven flotando sobre las aguas un día de mucho temporal, y de ahí que la Virgen tenga un perfil de barco. La llevan los indios al Hato de Berajagua, y don Francisco Sánchez de Moya—siempre los españoles, aunque no se quiera—le eleva la primera ermita. La Virgen, por tres veces, desaparece de este altar, y, finalmente, elige ella misma el lugar donde han de elevarle el santuario. La niña Apolonia la descubre sobre una peña, y allí mismo piensan que es el sitio elegido por la santa imagen para mover la fe de los cubanos. Sus milagros se multiplican. En 1916, Benedicto XV la nombra Patrona de Cuba.

Serán, sin embargo, muchos los cubanos que no han estado nunca en la villa del Cobre, a unos mil kilómetros de La Habana, y no digamos los turistas españoles que van y vienen y que no les mueve la curiosidad de conocer este maravilloso país. Una palmera altísima parece estirarse para alcanzar a ver la bahía de Santiago, y al otro lado Siboney y Daiquiri. Mas siendo la Patrona de Cuba, es esencialmente la patrona de los nativos, y así llegan a ella los guajiros haciendo largas peregrinaciones, bien desde las llanuras de los Remates de Guane, ya desde las estribaciones de la sierra de Maisi.

Como resumen de un recorrido de doce días, que he hecho por la isla de Cuba, por el interior, sin eludir los medios rurales, he llegado a la conclusión de que los esfuerzos de la colonización española, en un contacto de cuatro siglos sobre esta tierra, han dejado, lo mismo en sus aciertos que en sus errores, una huella muy profunda. La independencia del país está demasiado próxima para que un español pueda sentirse extranjero en Cuba. Y, sin embargo, pienso que se necesitan aún muchos años para llegar en este país a una fórmula de comprensión mutua entre cubanos y españoles. La comprención, por ejemplo, que se advierte en Méjico y en el Perú, donde la independencia es ya pura historia y donde España estableció virreinatos, es decir, Cortes, aristocracia.

Por esta misma razón, España no debe perder de vista a Cuba, porque quizá es el territorio más español de América, y el de mayores posibilidades inmigratorias. Hoy parece cerrado a la emigración española, y, sin embargo, al recorrer la isla nos parece que Cuba podría triplicar su población para ordenar e intensificar sus cultivos. Entonces no viviría Cuba con la sola preocupación del azúcar, y, además, compensaría con colonos blancos el incremento de multiplicación que va tomando la población de color. Hoy el campo cubano, en un simple viaje y juzgando no más que por lo que se ve, nos parece un campo desierto. Entre plantaciones inmensas, grandes terrenos incultos, y no ya en los límites de lo cultivado a lo virgen, en la zona central, en extensión de muchos kilómetros, ningún poblado, simples bohíos, tan solitarios que parecen deshabitados. Una hora rodando a la velocidad que ruedan aquí los coches, sin ver a nadie en torno de estas chozas, sin que haya al lado de estos pozos una flor, sin encontrar una gallina ni perros..., los vestigios, en suma, que descubren una vida rural. En las praderías, caballos sueltos y grandes rebaños de vacas, vacas escuálidas, con patas cortas y cuernos en media luna. Muy de tarde en tarde, un guajiro a caballo, con su sombrero ancho de paja, con un paso de andadura muy español, paso de Andalucía y de Castilla, montura a la española, que pienso que sería el paso que, por estas tierras, llevarían nuestros conquistadores. Y en esta desolación, la isla de Cuba me parece una obra maestra de la Naturaleza. En este recorrido de doce días por el campo cubano, aun siendo muy poco tiempo, he aprendido que son escasos los españoles que pueden decir que conocen Cuba, y, posiblemente, muy pocos cubanos también. Y no porque estas tierras sean inaccesibles, sino porque son demasiado llanas.

Como medio para establecer una comunicación entre cubanos y españoles, creo que lo más importante sería que viniese aquí la juventud intelectual española, y no precisamente para hablar, sino para ver, para enterarse. Y que fuese a España la juventud intelectual de Cuba para ejercitarse en la misma función. El diálogo ya

vendría después, cuando se conocieran mutuamente. Esta identificación no pueden hacerla ni los viejos españoles que conocieron a Cánovas, ni los viejos cubanos que conocieron a Martí.

Espero que un día un muchacho español pueda decir: «He estado en Cuba. En La Habana apenas unos días, pero más de tres meses en Pinar del Río, en Matanzas, en Santa Clara, en Camagüey, en Santiago de Cuba..., y en todo este tiempo no he pronunciado una sola conferencia.»

Este muchacho habrá visto un ingenio, habrá hablado con los guajiros, habrá contemplado por fuera y por dentro un bohío, sabrá lo que es la manigua y lo que es la caña, y el café, y el tabaco..., y es entonces cuando este joven podrá hablar de Cuba y descubrir a los viejos cosas que ellos desconocen.

Y esto, ¿es interesante para España? Pienso que es más interesante para Cuba. Porque esto descubriría a los cubanos que se mueven por el impulso de una tradición que tiene un peso de veinte siglos. Si al hombre le es difícil conocerse a sí mismo, es más difícil que se conozca a sí mismo un pueblo.

Francisco de Cossío.
Hotel París.
Avda. José Antonio,
MADRID (España).